

La persona fracasando

.....

Luis Aranguren Gonzalo

Director de Ed. PP
Miembro del Instituto E. Mounier

.....

Introducción

En el discurrir de la vida de la persona, la experiencia del fracaso constituye una realidad por la cual hemos de pasar sin fatalismos, por un lado, ni autosuficiencias, por otro. No somos dioses, no somos Prometeos ni Narcisos. Básicamente somos Sisifos aventados por proyectos a medias, por planes que se nos quedan en la mitad de la mitad. Si esto es así y si lo asumimos con serenidad y altura de miras, es que estamos encarando acertadamente nuestra condición de realidades relativamente absolutas.

¿Acaso decimos Ser=Fracaso? No. Simplemente decimos que el ser de cada cual se construye en gerundio, con todos aquellos gerundios que traman nuestra identidad personal: somos andando, decía Freire, y somos amando, somos construyendo, somos creando, somos errando, somos disfrutando y somos fracasando ... también. Con todo eso hacemos y de todo eso somos hechos o, más bien, vamos siendo hechos. .

En la introducción de su libro *El fracaso*, Jean Lacroix comienza afirmando que «el problema del fracaso ocupa un lugar central en toda la existencia y en toda forma de pensamiento, y su significación atañe a lo fundamental del mismo hombre, que es esencialmente un ser forjador de proyectos, es decir, un ser que se propone algún fin»¹. Por tanto no estamos ante una cuestión accidental o periférica de la vida humana ni ante una circunstancia que afecta a una serie de personas y no a otras.

Ciertamente, la realidad del fracaso resulta muy difícil de describir; se trata de una situación existencial oscura, equívoca y variable en su extensión y significación; la existencia humana camina constantemente de la mano de la posibilidad del fracaso. A esta dificultad de peso se añade otra no menos importante: la tendencia a reducir el fracaso a cualquier tipo de contrariedad o dificultad que el hombre encuentra en su vida cotidiana. Si se utiliza el término *fracaso* para describir cualquier tipo de malestar o dificultad, o todo lo que se oponga a nuestros deseos. En rigor, el fracaso no se encuentra en cualquier experiencia molesta de nuestra existencia. Sufrir no significa necesariamente haber naufragado como persona. Existe, pues, un abuso y una deformación del término fracaso llevada a cabo por el lenguaje popular.



Actividades lúdicas

EL FRACASO



Luis Aranguren (izqda.).

Nuestro punto de partida, que a la vez de convierte en el hilo conductor de la argumentación, es el siguiente: al hombre que se entiende a sí mismo como forjador de proyectos y que a su vez configura el proyecto global de su existencia, el fracaso viene a derrumbar no sólo los proyectos parciales y particulares sino que afecta de modo singular al proyecto fundamental que vertebra la existencia de su persona. Se trata del «fracaso radical, el fracaso de toda su existencia, el fracaso de su proyecto como ser»². Conviene, por tanto adentrarnos en aquellos elementos antropológicos que os ayuden a complementar la experiencia del fracaso con la realidad de la persona. Más adelante esbozaremos igualmente aquellos elementos culturales que alimentan fracasos evitables.

1. Qué realidad personal

1.1. La persona, realidad en propiedad

El punto de partida situado en la realidad personal adquiere mayor poder de precisión en una de las características que constituyen esa realidad personal³ y que en su día hizo notar Zubiri: ser persona consiste en ser una realidad en propiedad. Se trata de una propiedad en sentido cons-

titutivo. Esto quiere decir que no sólo los actos que ejecuto son propiamente *míos*, sino que existe un modo de ser en propiedad por vía de *apropiación*; es decir, todo lo que de una forma u otra *hago mío* y lo convierto en parte de mi realidad personal, de mi personalidad. A la persona no le queda más remedio que *definirse en cada situación*. Recordamos que la situación es el conjunto de circunstancias que rodean a la persona; se puede describir lo que rodea desde fuera, pero no la situación. Esta no puede experimentarse *sino desde dentro*. Y al experimentarla, se la sufre o goza. Será por tanto en la situación, que a cada cual le viene impuesta y ante la que cada cual se halla *expuesta*, donde la persona debe definirse y esa definición constituirá la expresión del ser personal en propiedad por vía de *apropiación*. El ser humano no es una realidad hecha o acabada; antes bien, nace investigador, peregrino, extranjero y perenne buscador. La persona, pues, tiene que construirse a sí misma en cada situación.

1.2. La persona, realidad inacabada

El fracaso se halla vinculado a una concepción del mundo y de la persona *no acabados*, que se encuentran en construcción. Por ello, fracaso no es sinónimo de «final de», necesariamente. Por ser inacabados somos reali-

dades dinámicas, dando de sí lo mejor de nosotros mismos, empeñándonos por salir adelante, por mejorar, por ser felices, y en esa tentativa, cabe el fracaso, la ruptura.

Desde la óptica kantiana, el *deber ser* es irreductible al *ser*, y ello implica la introducción de un *mundo de empeños* que nos ayuda a desvelar la razón profunda del fracaso humano. En el desarrollo del ser humano aparece la limitación como una exigencia necesaria del propio ser, como radical insuficiencia ante la propia tarea, desde el momento en que en ocasiones la persona se siente incapaz de responder a lo que de ella se espera o ella misma espera. Ser persona equivale, entonces, a *tener-que-ser* persona, radical tarea y empeño. En definitiva, *tener que ser* configura al ser humano como un hombre de tentativas: allí donde proyecta y prueba realizar algo, ahí se presenta la posibilidad del fracaso. En cierto modo, al ser el hombre una realidad dinámica e histórica el fracaso acontece como el precio que hemos de pagar por nuestra historicidad.

1.3. La persona, realidad proyectiva

El inacabamiento constitutivo de la persona se traduce en ser forjadora de un proyecto vital que se traduce en una diversidad de proyectos parciales, a veces fraccionados. Y ahí comienza una de las dentelladas del fracaso: cuando el proyecto vital se reduce a la parcialidad de un proyecto familiar o profesional o político o religioso, incapaz de aunar todas las esferas de la vida y de vivirse jerárquicamente. El proyecto nos pone a prueba para saber bandearnos entre nuestras mediciones, previsiones, programaciones y el fluido de la vida que se halla repleto de visitas inesperadas, de señales que no controlamos. Ser autores y protagonistas de nuestra vida significa no dejar que nos domestiquen y que nos manipulen, pero también conlleva dejar la puerta abierta a cierta capacidad para ser también actores de nuestra vida, para sabernos emplazados en cada momento y en cada lugar por situaciones, llamadas, experiencias que contienen mensajes para nuestra vida. Estar preparados para emplazarnos en el fracaso, como realidad vital.

2. Aproximación a la realidad del fracaso

De lo expresado hasta el momento conviene destacar algunas ideas:

—En primer lugar, que el fracaso supone —para poder hablar de fracaso real o de éxito real— que el sujeto haya *emprendido* algo, se haya puesto en marcha; no basta con esbozar teóricamente la aspiración; es preciso haber intentado alcanzar ese nivel de aspiración mediante una conducta que, en este caso, es la ejecu-

ción de una tarea o un proyecto determinado. Sólo existe el fracaso para quien es capaz de acometer una tarea, estar dotado de iniciativa y enfrentarse a ella.

—En segundo lugar el fracaso hace referencia *no sólo a una parcela de la persona* sino a toda ella en su integridad. En definitiva, a la persona no le es ajeno el fracaso como no le es ajeno el dolor, el conflicto o el sufrimiento; en ellos la persona también se realiza como tal ya que ésta puede y debe caracterizarse como *tarea*, esfuerzo y fuente de creatividad. Tendremos, pues, que convenir en que la noción de fracaso está vinculada a la de persona entendida como realidad siempre en camino, como sujeto capaz de cambiar y volver a empezar.

—En tercer lugar, el fracaso remite a la experiencia humana en términos de *fundamentalidad*; la experiencia de la realidad tiene un momento de poder, llegando a apoderarse de nosotros. El poder de lo real, siguiendo a Zubiri, abre el ámbito de la fundamentalidad. ¿En qué términos? En los que remiten a la inquietud básica del ser humano, que se expresa a través de dos preguntas fundamentales: «¿Qué va a ser de mí?» y «¿qué voy a hacer de mí?», inexcusables cuando el fracaso se adueña de nosotros, cuando la experiencia de la dureza de lo real y que queremos modificar es más fuerte y resistente de lo que nos imaginábamos. Por ello, en la experiencia de fracaso existe una cierta sensación de desbordamiento existencial: el poder del fracaso hace que ese fracaso se adueñe de mí, lo cual concluye en no pocos casos en la postura inicial de desistir y «tirar la toalla», gritar «ya no puedo más», ante la magnitud de la realidad que me desborda.

—En cuarto lugar, podemos concluir que el fracaso es una realidad de carácter *irreversible*. No es un error enmendable. Las crisis se pueden superar y vencer; los problemas, solucionar. Pero cuando nos referimos al fracaso nos hacemos cargo de algo que es irrevocable, que no tiene vuelta atrás. Con todo ello, sin embargo, no cabe concluir si más que con el fracaso no todo fracasa al mismo tiempo. El hombre que fracasa no está rechazado aunque la irreversibilidad del fracaso le instale en la noche oscura.

La realidad del fracaso nos conduce a las imágenes de «situaciones límite» y de «frontera». Somos seres fronterizos, dice Eugenio Trias, lo cual le lleva a la siguiente propuesta ética: «Obra de tal manera que la máxima de tu acción se adecue a tu propia condición de habitante de la frontera»⁴. El fracaso es una llamada a vivir conscientemente nuestra condición finita de seres fronterizos, no como imposibilidad sino como habitantes de una matriz creadora de un término medio entre extremos

EL FRACASO

que no nos pertenecen y que nos conducen a la desproporción o al exceso.

3. Aterrizando en nuestros contextos

La ley de nuestro mundo globalizado es NADA A LARGO PLAZO (R. Sennet). Ese es el caldo de cultivo del fracaso antropológico del ciudadano occidental del siglo XXI. Esa absolutización del fragmento, del instante, de la provisionalidad es la que constituye el paso ulterior a la posmodernidad, que es la sobremodernidad, según la describe el antropólogo francés Marc Augé. La sobremodernidad es sinónimo de saturación espacio-temporal. Nada a largo plazo se convierte paradójicamente en la ley del exceso: vivimos por encima de nuestras posibilidades. Contamos con más recursos que proyectos personalmente elaborados; la acumulación de ciertas facilidades frenan la invención de posibilidades de vida en plenitud. Con otras palabras, vivimos en el exceso de medios y en la ausencia de fines.

La sobremodernidad, hija de la economía globalizada y de la cultura del fragmento, nos tiende serias trampas, carne de fracaso.

— *La trampa del éxito profesional.* La economía de mercado ha generado el mito de la flexibilidad, o lo que es lo mismo: movilidad constante, debilidad en los vínculos relacionales, que hacen inviables proyectos duraderos en el campo profesional. Flexibilidad es el nuevo nombre del imperativo «Estáte abierto al cambio». O te mueves o estás muerto. Pero a veces tanto cambio conduce al naufragio cuando no a navegar a la deriva.

— *La trampa del éxito emocional,* que promociona el elixir del «vale mientras dure». En el campo afectivo asistimos a un formidable aumento de parejas rotas, víctimas de mil sucesos y acontecimientos imposibles de recoger, pero que en parte tiene que ver con la falta de ajuste entre el disfrute afectivo y el compromiso con la persona amada. Cuando el amor es relevado por el deseo, o cuando el amor acaba víctima de la rutina o la escasez de comunicación, se promocionan nuevas sensaciones que sustituyen a viejos proyectos. En los varones esta circunstancia, además, se manifiesta en dos vertientes: la de la no aceptación del papel emergente de la mujer en lo profesional y en su autonomía vital. Los malos tratos no están lejos de un sentido profundo de inferioridad del varón, que no termina de aceptar. Y respecto de los hijos, el padre ha terminado por perder los papeles: quiere ser colega y no padre; complace en vez de poner límites; desplaza a la escuela lo que él deja de hacer como padre.

— *La trampa del relativismo moral* que absolutiza lo banal, que tiene en la sociedad del espectáculo el máximo referente moral del momento: Hotel Glam, golpe institucional en la CAM, presentación de Beckham y debate sobre el estado de la nación son cuatro signos de inmoralidad de nuestra España sobremoderna. Son nuestros referentes morales, los testigos de un tipo de vida donde todo vale con tal de alcanzar el éxito, la fama y el dinero. Existe una exaltación del mundo feliz que descansa en la sociedad de la satisfacción se torna en caldo de cultivo de un malestar de fondo.

— *La trampa del éxito de la civilización occidental.* El 11-S consagra el fracaso de un tipo de civilización: la hegemonía del hombre blanco, rubio y con ojos azules, dueño del mundo y de su destino. Al cansancio de occidente (diagnóstico de Eugenio Trias en el año olímpico de 1992, le sigue el estado terminal de Occidente, expresado por el mismo autor diez años más tarde). Sin embargo, la reacción del hombre blanco es la de defenderse atacando. ¿Cómo? Además del dominio económico y militar, asegurando la ideología del fatalismo histórico según la cual nada se puede hacer. Nada a largo plazo significa aquí: NADA PUEDE CAMBIAR. Ello conlleva gestionar lo más ideológicamente posible la sociedad de riesgos en la que nos encontramos generando altas dosis de sensación de amenaza (de los inmigrantes, los musulmanes, los diferentes); así se configura la ideología de la seguridad, en pleno boom pseudosolidario, que es la puesta en práctica del temor, del miedo y del rechazo a lo diferente. Los bienestantes se convierten en seres tiranizados por los medios de comunicación, la publicidad, los estereotipos y, al tiempo, se convierten en tiranos de los otros, de los diferentes.

4. Vitaminas para el camino

En una sociedad de riesgos como la que vivimos, es bueno practicar la ética de la anticipación, en este caso, no para evitar tropezar con el fracaso, sino para disminuir las posibilidades de que prenda en nosotros y, en su caso, para saber vivir con tantos fracasos como tengamos, pero de una forma creativa y personalizadora.

— *Recordar que somos relación.* Parte de los fracasos del ser humano tienen que ver con fracasos relacionales; y, al tiempo, la salvación viene de la relación y del encuentro humanos. No hay que olvidar la máxima de Buber del «hombre con el hombre». El entre, aquello que acontece entre tú y yo, es uno de los ámbitos privilegiados de construcción y de reconstrucción personal.

- *Cultivar la planetariedad como actitud vital*, es decir, ser conscientes de que somos resultado de multiplicidad de relaciones y de conexiones que no llegamos a dominar. Somos realidades interdependientes y ello ha de dotarnos de visiones anchas, profundas. A mayor visión de la jugada personal, colectiva, más recursos personales y colectivos encontraremos para afrontar la parte oscura de nuestro recorrido vital.
- *Cuidar el desarrollo sostenible de las mediaciones de las que formamos parte*: pareja, familia, empresa, organización social, asociación, comunidad, Fundación, etc. Un desarrollo que para que sea sostenible no sólo pasa por el factor económico (viabilidad) sino por el factor humano. En demasiadas ocasiones y justificando lo injustificable se absolutiza el medio, perdiendo la referencia del fin, que es la persona, a la que se termina por ignorar, marginar, explotar, ningunear, según los casos. No hay desarrollo de las mediaciones históricas sin el cultivo del cuidado hacia las personas que configuran esas mediaciones y sin la atención y respuesta a sus necesidades antropológicas básicas: reconocimiento, palabra, identidad.
- *Atraverse a amarnos a nosotros mismos*, sin falsas culpabilidades. Muchos de los males que padecemos estriban en no saber ocuparnos con afecto de nuestra persona. Amarse a uno mismo no es mirarse al ombligo sino situarse en la tesitura y equilibrio necesarios para poder amar a los demás desde la cercanía y distancia apropiadas. Quien no se cuida tiende a invadir al otro; quien desprecia sus tiempos y sus espacios personales tiende a juzgar al otro porque no es tan desprendido como él. Esto es sumamente peligroso pues de esta forma uno llega a fracasos personales en los que fácilmente se cae en el victimismo de «a mi me pasa esto, yo que he hecho tanto por los demás».
- *Conciencia de que somos aprendices*. En el camino de la vida vamos aprendiendo. Cuantos más títulos y currículum tengamos en nuestro poder, más se acentúa nuestra condición de aprendices. Como canta Rafael Amor, «durar no es estar vivo, corazón, que el vivir es otra cosa». Ser aprendices es abrirse cada día a la realidad que a uno le toca vivir y saludarla, afrontarla, discernir y ponerla en relación con el resto de dimensiones vitales que nos hacen seguir en camino. El peor de los fracasos es el pretendido éxito que alguien puede llegar a creerse cuando piensa que ha llegado a algún lugar definitivo.
- *Tolerar las frustraciones*. Vivimos una época de baja tolerancia a la frustración, especialmente entre los más jóvenes. Y con frecuencia se llama fracaso a «no salirse uno con la suya», «no me hacen caso», «me he equivocado», «me ha dicho a esto que no», «mi jefe me manda mucho». Cuando a determinada gente se le ponen los límites muy tarde, aparecen verdaderos problemas de adaptación a lo que yo denomino «vivir viviendo».
- *Permanecer alerta ante los apegos personales*, ya se encuentren vinculados a personas, proyectos, organizaciones o cosas. Siempre se corre el riesgo de proyectarse uno mismo sobre lo que hace o sobre otras personas con el fin inconsciente o consciente de perpetuarse (caso claro en el hecho de ser padre/madre). Tagore escribe que los hijos son hijos de la vida, y a las criaturas de la vida hay que acompañarlas hasta que vuelen o hasta que, en el caso de proyectos o instituciones, pasen a otros o finalicen su cometido, para lo cual nacieron. Este ejercicio sólo es posible si nos dotamos de lucidez para discernir y situarnos con cierta distancia de perspectiva respecto de nuestros propios apegos.
- *Favorecer vivir en clave conjuntiva y no disyuntiva*. Al «o lo uno o lo otro», salvo honrosas excepciones, habría que incentivar «lo uno y lo otro», o lo que es lo mismo, generar ámbitos de ecumenismo tensional, en la cual no hagamos de los polos vitales (pensamiento-acción, individuo-comunidad, razón-sentimiento, masculino-femenino, ideal-real, Platón-Aristóteles, águila-gallina, alegría-felicidad, tiempo-eternidad), no hagamos una estrategia de selección en disyuntiva. La conjunción no implica rebaja ni echar agua al vino, sino habilitar un radicalismo vinculante que recoja lo mejor de cada polo, lo que de más humanizador nos encontramos en cada caso.

Notas

1. LACROIX, J., *El fracaso*, Fontanella, Barcelona, 1964, 9.
2. IBI., o.c., 9.
3. Cfr. X. ZUBIRI, *Sobre el hombre* o. c. 110-111.
4. TRÍAS, E., *Ética y condición humana*, Península, Barcelona, 2000, 49.